

**SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA***“EL LAICO CATÓLICO TESTIGO DE LA FE EN LA ESCUELA”*

1982

**II.- COMO VIVIR LA PROPIA IDENTIDAD**

25 El trabajo es la vocación del hombre y una de las características que lo distinguen del resto de las criaturas, pero es evidente que no basta tener una identidad vocacional, que afecta al ser personal entero, si esa identidad no se vive. Más concretamente, si el hombre con su trabajo debe contribuir «sobre todo a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad» el educador que no realice su tarea educativa deja, por ello mismo, de ser educador. Y si la realiza sin que en esa tarea deje huella alguna su condición de católico, tampoco podrá definirse como tal. Esa puesta en práctica de la identidad tiene algunos rasgos comunes, esenciales, que no podrán estar ausentes en ningún caso, cualquiera que sea la escuela en la que el educador laico viva su vocación; pero habrá otros que necesitarán una adaptación específica a las diversas clases de escuelas, según la naturaleza de éstas.

***Rasgos comunes de una identidad vivida******Realismo esperanzado***

26. La identidad del educador laico católico reviste necesariamente los caracteres de un ideal ante cuya consecución se interponen innumerables obstáculos. Éstos provienen de las propias circunstancias personales y de las deficiencias de la escuela y de la sociedad, que repercuten de manera especial en la niñez y en la juventud. Las crisis de identidad, la ausencia de fe en las estructuras sociales, la consiguiente inseguridad y falta de convicciones personales, el contagio de la progresiva secularización del mundo, la pérdida del sentido de la autoridad y del debido uso de la libertad no son más que algunas de las múltiples dificultades que los adolescentes y jóvenes de nuestro tiempo presentan, más o menos, según las diversas culturas y los diferentes países, al educador católico, que, además, en su condición de laico se ve afectado por las crisis de la familia y del mundo del trabajo.

Las dificultades existentes han de ser admitidas con sincero realismo y al mismo tiempo tienen que ser vistas y afrontadas con el sano optimismo y el denodado esfuerzo que reclaman de todos los creyentes la esperanza cristiana y la participación en el misterio de la Cruz. Pues el primero e indispensable fundamento para intentar vivir la identidad del educador laico católico es compartir plenamente y hacer propias las enseñanzas que sobre tal identidad la Iglesia, iluminada por la Revelación divina, ha expresado y procurar adquirir la necesaria fortaleza en la personal identificación con Cristo.

***Profesionalidad. Concepción cristiana del hombre y de la vida***

27. Si la profesionalidad es uno de los rasgos de identidad de todo laico católico, lo primero en que debe esforzarse el laico educador que quiere vivir su propia vocación eclesial, es en alcanzar una sólida formación profesional, que en este caso abarca un amplio abanico de competencias culturales, psicológicas y pedagógicas. No basta, sin embargo, alcanzar un buen nivel inicial. Hay que mantenerlo y elevarlo, actualizándolo. Sería vivir de espaldas a la realidad ignorar las grandes dificultades que esto implica para el educador laico que, con frecuencia no adecuadamente retribuido, tiene que ejercer a veces un pluriempleo casi incompatible con ese trabajo de perfeccionamiento profesional, tanto por el tiempo que demanda como por el cansancio que genera. Estas dificultades son por ahora insolubles en muchos países, especialmente en los menos desarrollados.

Saben, sin embargo, los educadores, que la mala calidad de la enseñanza originada por la insuficiente preparación de las clases o el estancamiento en los métodos pedagógicos, redundan necesariamente en merma de esa formación integral del educando, a la que están llamados a colaborar, y del testimonio de vida que están obligados a ofrecer.

28. La tarea del educador católico está orientada a la formación integral de un hombre a quien se le abre el maravilloso horizonte de respuestas que sobre el sentido último del hombre mismo, de la vida



humana, de la historia y del mundo ofrece la Revelación cristiana. Esas respuestas han de ser ofrecidas al educando desde la más profunda convicción de la fe del educador, pero con el más exquisito respeto de la conciencia del alumno. Es cierto que las diversas situaciones de éste en relación con la fe admiten muy diversos niveles de presentación de la visión cristiana de la existencia, que pueden ir desde las formas más elementales de evangelización hasta la comunión con la misma fe, pero, en cualquier caso, esa presentación deberá revestir siempre el carácter de un ofrecimiento, por apremiante y urgente que sea, y nunca el de una imposición.

Tal ofrecimiento no puede, por otra parte, hacerse fríamente y desde un punto de vista meramente teórico, sino como una realidad vital que merece la adhesión del ser entero del hombre para hacer de ella vida propia.

### ***Síntesis entre fe cultura y vida***

29. El logro de esta vasta tarea requiere la convergencia de diversos elementos educativos en cada uno de los cuales el educador católico laico tiene que comportarse como testigo de la fe. La comunicación orgánica, crítica y valorativa de la cultura comporta, evidentemente, una transmisión de verdades y saberes y en ese aspecto el educador católico debe estar continuamente atento a abrir el correspondiente diálogo entre cultura y fe —profundamente relacionadas entre sí—, para propiciar a ese nivel la debida síntesis interior del educando. Síntesis que el educador deberá haber conseguido en sí mismo previamente.

30. Ahora bien, esa comunicación crítica comporta también por parte del educador la presentación de una serie de valores y contravalores, cuya consideración como tales depende de la propia concepción de la vida y del hombre. Pero el educador católico no puede contentarse con presentar positivamente y con valentía una serie de valores de carácter cristiano como simples y abstractos objetos de estima, sino como generadores de actitudes humanas, que procurará suscitar en los educandos; tales son: la libertad respetuosa con los demás, la responsabilidad consciente, la sincera y permanente búsqueda de la verdad, la crítica equilibrada y serena, la solidaridad y el servicio hacia todos los hombres, la sensibilidad hacia la justicia, la especial conciencia de ser llamados a ser agentes positivos de cambio en una sociedad en continua transformación.

Dado el ambiente general de secularización e increencia en el que el educador laico frecuentemente ejerce su misión, es importante que, superando una mentalidad meramente experimental y crítica, pueda abrir la conciencia de sus alumnos a la trascendencia y disponerlos así a acoger la verdad revelada.

31. A partir de tales actitudes el educador podrá ya subrayar con más facilidad lo positivo de unos comportamientos consecuentes con esas actitudes. Su máxima aspiración tiene que tender a que dichas actitudes y comportamientos lleguen a estar motivados y conformados por la fe interior del educando, alcanzando así su máxima riqueza y extendiéndose a realidades que, como la oración filial, la vida sacramental, la caridad fraterna y el seguimiento de Jesucristo, son patrimonio específico de los creyentes. La plena coherencia de saberes, valores, actitudes y comportamientos con la fe, desembocará en la síntesis personal entre la vida y la fe del educando. Por ello pocos católicos tan calificados como el educador, para conseguir el fin de la evangelización, que es la encarnación del mensaje cristiano en la vida del hombre.

### ***Testimonio de la propia vida. Contacto directo y personal***

32. Ante el alumno en formación cobra un relieve especial la preeminencia que la conducta tiene siempre sobre la palabra. Cuanto más viva el educador el modelo de hombre que presenta como ideal tanto más será éste creíble y asequible. Porque el alumno puede entonces contemplarlo no sólo como razonable, sino como vivido, cercano y realizado. Especialísima importancia alcanza aquí el testimonio de la fe del educador laico. En él podrá ver el alumno las actitudes y comportamientos cristianos que tantas veces brillan por su ausencia en el entorno secular en que vive, y que puede creer por ello mismo irrealizables en la vida. No se olvide que también en estos tiempos de crisis «que afectan sobre todo a las generaciones jóvenes», el factor más importante de la tarea educativa es



«siempre el hombre, y su dignidad moral, que procede de la verdad de sus principios y la conformidad de sus acciones con estos principios».

33. En este aspecto alcanza un peso específico lo dicho acerca del contacto directo y personal del educador con el alumno, que es un medio privilegiado para ese testimonio de vida. Esa relación personal, que nunca puede ser un monólogo y debe estar presidida en el educador por la convicción de que constituye un mutuo enriquecimiento, exige al mismo tiempo del educador católico la permanente conciencia de su misión. El educador no puede olvidar la necesidad de compañía y guía que el alumno tiene en su crecimiento y la ayuda que precisa para superar sus dudas y desorientaciones. Tiene al mismo tiempo que dosificar con prudente realismo y adaptación en cada caso, la cercanía y la distancia. La cercanía, porque sin ella carecería de base la relación personal; la distancia, porque el educando debe ir afirmando su propia personalidad y hay que evitar la inhibición en el uso responsable de su libertad.

Conviene recordar en este punto que el uso responsable de esa libertad comprende la elección del propio estado de vida y que no puede ser ajeno al educador católico respecto a sus alumnos creyentes, el tema de la vocación personal del educando dentro de la Iglesia. Aquí entran tanto el descubrimiento y cultivo de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, como la llamada a vivir un particular compromiso en los Institutos Seculares o en Movimientos Católicos de Apostolado, —tareas muchas veces abandonadas—, como la ayuda al discernimiento de la llamada al matrimonio o al celibato, incluso consagrado, dentro de la vida laical.

Por otra parte, el contacto personal y directo no es sólo una metodología apropiada para que el educador vaya formando al educando, es la fuente misma en la que el educador bebe el necesario conocimiento que ha de poseer del alumno para formarlo. Ese conocimiento es hoy tanto más indispensable cuanto mayores han sido —en profundidad y frecuencia— los cambios generacionales en los últimos tiempos.

#### *Aspectos comunitarios*

34. A una con la afirmación de su personalidad, y como parte de ella, el alumno tiene que ser guiado por el educador católico hacia una actitud de apertura y sociabilidad para con los demás miembros de la comunidad educativa, de las otras comunidades de que forma parte y de la entera comunidad humana. Por otra parte, la pertenencia a la comunidad educativa y la influencia que a la escuela le toca ejercer y espera recibir de su entorno social, pide del educador laico católico una amplia comunicación y el debido trabajo en equipo con sus propios compañeros, la relación con los otros estamentos de dicha comunidad y la disponibilidad necesaria para colaborar en las diversas áreas que lleva consigo la participación en la tarea educativa común del centro escolar.

Siendo la familia «la primera y fundamental escuela de socialidad», el educador laico deberá, en especial, aceptar gustosamente y aún procurar, los debidos contactos con los padres de los alumnos. Estos contactos son necesarios, por otra parte, para que la tarea educativa de la familia y de la escuela se oriente conjuntamente en los aspectos concretos, para facilitar «el grave deber de los padres de comprometerse a fondo en una relación cordial y efectiva con los profesores y directores de las escuelas», y para satisfacer la necesidad de ayuda de muchas familias para poder educar convenientemente a sus propios hijos y cumplir así la función «insustituible e inalienable» que les corresponde.

35. Al mismo tiempo necesita también el educador prestar una constante atención al entorno sociocultural, económico y político de la escuela, tanto al más inmediato del barrio o zona donde la escuela se halla enclavada, como al contexto regional y nacional, que muchas veces, a través de los medios de comunicación social, ejercen tanta o mayor influencia que aquél. Sólo ese seguimiento de la realidad global inmediata, nacional e internacional le proporcionará los datos precisos para salir al paso de las necesidades actuales de formación de sus alumnos e intentar prepararlos para el mundo futuro que intuye.

36. Aunque es justo esperar que el educador laico católico dé, preferencialmente, su adhesión a las asociaciones profesionales católicas tampoco puede considerar como ajenas a su tarea educativa: su



participación y colaboración en otros grupos y asociaciones profesionales o conectadas con la educación, su aportación, por módica que sea, al logro de una adecuada política educativa nacional y su posible actividad sindical en consonancia siempre con los derechos humanos y los principios cristianos sobre la educación. Considere el educador laico cuán alejada puede estar a veces su vida profesional de los movimientos asociativos y las graves repercusiones que un indebido absentismo puede tener en cuestiones educativas importantes.

Es verdad que muchas de estas actividades no son retribuidas, y el realizarlas depende de la generosidad de quien participa en ellas. Hay que hacer, sin embargo, una llamada apremiante a esa generosidad cuando están en juego realidades de tanta trascendencia que no pueden ser ajenas al educador católico.

### ***Una vocación más que una profesión***

37. El educador laico realiza una tarea que encierra una insoslayable profesionalidad, pero no puede reducirse a ésta. Está enmarcada y asumida en su sobrenatural vocación cristiana. Debe, pues, vivir la efectivamente como una vocación en la que, por su misma naturaleza laical, tendrá que conjugar el desinterés y la generosidad con la legítima defensa de sus propios derechos, pero vocación al fin con toda la plenitud de vida y de compromiso personal que dicha palabra encierra y que abre amplísimas perspectivas para ser vivida con alegre entusiasmo.

Es, pues, altamente deseable que todo educador laico católico cobre la máxima conciencia de la importancia, riqueza y responsabilidad de semejante vocación y se esfuerce por responder a lo que ella exige, con la seguridad de que esa respuesta es capital para la construcción y constante renovación de la ciudad terrena y para la evangelización del mundo.

### ***Rasgos específicos del laico católico en las diversas escuelas***

#### ***En la escuela católica***

38. Es nota distintiva de la escuela católica «crear en la comunidad escolar un ambiente animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes a que, a la vez que en el desarrollo de la propia persona, crezcan según la nueva creatura que por el bautismo han sido hechos, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de manera que el conocimiento que gradualmente van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre, quede iluminado por la fe».(34) Es obvio por todo ello que la escuela católica «entra de lleno en la misión salvífica de la Iglesia y particularmente en la exigencia de la educación en la fe».(35) incluye una adhesión sincera al Magisterio de la Iglesia, una presentación de Cristo como modelo supremo del hombre y un especial cuidado de la calidad de la enseñanza religiosa escolar.

Ante estos ideales y objetivos específicos que constituyen el proyecto educativo general de la escuela católica, el laico católico que trabaja en ella debe ser consciente de los mismos y de que la escuela católica es por este motivo el espacio escolar donde puede desarrollar su entera vocación con mayor libertad y profundidad y el modelo de su acción apostólica en cualquier escuela, según sus posibilidades. Todo lo cual debe llevarle a contribuir corresponsablemente en la consecución de tales ideales y objetivos, en actitud de plena y sincera adhesión a los mismos. Ello no implica, como es lógico, la ausencia de dificultades, entre las cuales cabe mencionar, por sus muchas consecuencias, la mayor heterogeneidad interna del alumnado y profesorado en las escuelas católicas de muchos países.

39. Dentro de los rasgos comunes a toda escuela católica existen diversas realizaciones posibles que, en la práctica, responden en muchas ocasiones al carisma específico del Instituto religioso que la funda y promueve. Pero ya sea su origen una institución del clero secular, de religiosos, o de laicos, cada escuela católica puede tener sus propias características que se plasmarán en su proyecto educativo particular o en su pedagogía propia. En ese caso, el laico católico que trabaja en ella deberá buscar la comprensión de esas características y las razones de las mismas y procurar identificarse con ellas en grado suficiente para que los rasgos propios de la escuela se realicen a través de su trabajo personal.



40. Es importante que, de acuerdo con la fe que profesan y el testimonio de vida que están llamados a dar, los laicos católicos que trabajan en esta escuela participen sencilla y activamente en la vida litúrgica y sacramental que en su ámbito se desarrolle. Los alumnos asimilarán así mejor, a través del ejemplo vivo, la importancia que esa vida tiene para los creyentes. Es sumamente positivo que, en una sociedad secularizada donde los alumnos ven a muchos laicos que se dicen católicos vivir habitualmente apartados de la liturgia y de los sacramentos, puedan contemplar la conducta de otros laicos adultos que toman seriamente esas realidades como fuente y alimento de su vivencia cristiana.

41. La comunidad educativa debe aspirar a constituirse en la escuela católica en comunidad cristiana, es decir, en verdadera comunidad de fe. Ello es irrealizable, ni siquiera inicialmente, sin el compromiso cristiano compartido, al menos por una parte de los principales estamentos —padres, profesores y alumnos— de la comunidad educativa. Es sumamente deseable que el laico católico y muy especialmente el educador, esté dispuesto a participar activamente en grupos de animación pastoral o cualesquiera núcleos válidos de fermento evangélico.

42. Frecuentan, a veces, las escuelas de la Iglesia alumnos que no profesan la fe católica o que, tal vez, carecen de toda creencia religiosa. Como respuesta voluntaria del hombre a Dios que se le revela, la fe no admite violencia. Por consiguiente, los educadores católicos, al proponer la doctrina en consonancia con sus propias convicciones religiosas y con la identidad de la escuela, tendrán sumo respeto para con la libertad de los alumnos no católicos. Estarán siempre abiertos al auténtico diálogo, convencidos de que el aprecio afectuoso y sincero para quienes honestamente buscan a Dios, representa, en tales circunstancias, el testimonio más acertado de su propia fe.

43. La escuela católica, como comunidad educativa que tiene como aspiración última educar en la fe, será tanto más idónea para cumplir su cometido, cuanto más represente la riqueza de la comunidad eclesial. La presencia simultánea en ella de sacerdotes, religiosos o religiosas y laicos constituye para el alumno un reflejo vivo de esa riqueza que le facilita una mejor asimilación de la realidad de la Iglesia. Considere el laico católico que, desde este punto de vista, su presencia en la escuela católica, como la de los sacerdotes, religiosos o religiosas, es importante. Pues cada una de estas formas de vocación eclesial aporta al educando el ejemplo de una encarnación vital distinta: el laico católico, la entrañable vinculación de las realidades terrenas a Dios en Cristo, la profesionalidad secular como ordenación del mundo a Dios; el sacerdote, las múltiples fuentes de gracia que Cristo ha dejado en los sacramentos a todos los creyentes, la luz reveladora de la Palabra, el carácter de servicio que reviste la estructura jerárquica de la Iglesia; los, religiosos y religiosas, el espíritu renovador de las bienaventuranzas, la continua llamada al Reino como única realidad definitiva, el amor de Cristo y de los hombres en Cristo como opción total de la vida.

44. Las características propias de cada vocación deben hacer pensar a todas ellas en la gran conveniencia de la mutua presencia y complementación para asegurar el carácter de la escuela católica, y animar a todos a la búsqueda sincera de la unión y coordinación. Contribuyan asimismo los laicos con su actitud a la debida inserción de la escuela católica en la pastoral de conjunto de la Iglesia local, perspectiva que nunca debe descuidarse, y en los campos convergentes de la pastoral parroquial. Aporten también sus iniciativas y su experiencia para una mayor relación y colaboración de las escuelas católicas entre sí, con otras escuelas, especialmente aquellas que participan de un mismo pensamiento cristiano, y con la sociedad.

45. Piensen al mismo tiempo muy seriamente los laicos educadores católicos en la amenaza de empobrecimiento que puede suponer para la escuela católica la desaparición o disminución de sacerdotes, religiosos y religiosas en la misma, cosas ambas que deben evitarse en la medida de lo posible, y prepárense de forma adecuada para ser capaces de mantener por sí solos, cuando fuera necesario o conveniente, las escuelas católicas actuales o futuras. Pues el dinamismo histórico que rige la actualidad hace prever que, al menos durante un periodo de tiempo bastante cercano, la existencia de la escuela católica en algunos países de tradición católica dependerá fundamentalmente de los laicos, como ha dependido y depende, con gran fruto, en tantas Iglesias jóvenes. Semejante responsabilidad no puede desembocar en actitudes meramente pasivas de temor o lamentación, sino impulsar a acciones decididas y eficaces, que deberían ya empezar a preverse y planificarse con la



ayuda de aquellos mismos Institutos Religiosos que ven disminuir sus posibilidades en un inmediato futuro.

46. A veces los Obispos, aprovechando la disponibilidad de laicos competentes y deseosos de dar un abierto testimonio cristiano en el campo educativo, les confían la gestión total de escuelas católicas, incorporándolos así a la misión: apostólica de la Iglesia.

Dada la extensión siempre creciente del campo escolar la Iglesia necesita aprovechar todos los recursos disponibles para educar cristianamente a la juventud y, en consecuencia, incrementar la participación de educadores laicos católicos, lo cual no quita importancia a las escuelas dirigidas por las familias religiosas. El cualificado testimonio, tanto individual como comunitario, de los religiosos y religiosas en los propios centros de enseñanza, hacen en que éstos sean más necesarios que nunca en un mundo secularizado.

Los miembros de las Comunidades religiosas tienen pocos campos tan aptos como sus escuelas, para dar este testimonio. En estos centros los religiosos y religiosas pueden establecer un contacto inmediato y duradero con la juventud, en un contexto que espontáneamente reclama con frecuencia la verdad de la fe para iluminar las diversas dimensiones de la existencia. Este contacto tiene una especial importancia en una edad en la que las ideas y las experiencias dejan una huella permanente en la personalidad del alumno.

Sin embargo, la llamada que hace la Iglesia a los educadores laicos para incorporarlos a un apostolado activo escolar, no se limita a los propios centros, sino que se extiende a todo el vasto campo de la enseñanza, en la medida en que sea posible dar en él un testimonio cristiano.

#### ***En las Escuelas de proyectos educativos varios***

47. Se toman aquí en consideración las escuelas, estatales o no, que estén guiadas por proyectos educativos distintos del de la Escuela Católica, siempre que esos proyectos no sean incompatibles con la concepción cristiana del hombre y de la vida. Estas escuelas, que son la mayoría de las existentes en el mundo, pueden estar orientadas en su proyecto educativo por una determinada concepción del hombre y de la vida o, más simple y estrechamente, por una determinada ideología, o admitir, dentro de un marco de principios bastante generales, la coexistencia de diversas concepciones o ideologías entre los educadores. Se entiende dicha coexistencia como una pluralidad manifestada, ya que en tales escuelas cada educador imparte sus enseñanzas, expone sus criterios y presenta como positivos determinados valores en función de la concepción del hombre o de la ideología que comparte. No se habla aquí de la escuela neutra, porque en la práctica ésta no existe.

48. En nuestro mundo pluralista y secularizado, la presencia del laico católico es con frecuencia la única presencia de la Iglesia en dichas escuelas. En ellas se cumple lo expresado más arriba de que sólo a través del laico puede la Iglesia llegar a determinados lugares, ambientes o instituciones. La clara conciencia de esta situación ayudará mucho al laico católico en la asunción de sus responsabilidades.

49. El educador laico católico deberá impartir sus materias desde la óptica de la fe cristiana, de acuerdo con las posibilidades de cada materia y con las circunstancias del alumno y de la escuela. De esta manera ayudará a los educandos a descubrir los auténticos valores humanos y, aunque con las limitaciones propias de una escuela que no pretende la educación en la fe y en la que muchos factores pueden ser contrarios a ella, contribuirá a iniciar en sus alumnos ese diálogo entre la cultura y la fe que puede llegar un día a la síntesis deseable entre ambas. Esta tarea puede ser especialmente fecunda para los alumnos católicos y constituirá una forma de evangelización para aquellos que no lo sean.

50. Semejante actitud de coherencia con su fe tiene que ir acompañada, en una escuela pluralista, de un marcado respeto hacia las convicciones y la tarea de los otros educadores, siempre que éstos no conculquen los derechos humanos del alumno. Dicho respeto debe aspirar a llegar a un diálogo constructivo, sobre todo con los hermanos cristianos separados y con todos los hombres de buena voluntad. Así aparecerá con mayor claridad que la fe cristiana apoya en la práctica la libertad religiosa y humana que defiende y que desemboca lógicamente en la sociedad en un amplio pluralismo.



51. La participación activa del laico católico en las actividades de su propio estamento, en las relaciones con los otros miembros de la comunidad educativa y en particular con los padres de los alumnos, es también de suma importancia para que los objetivos, programas y métodos educativos de la escuela en que trabaja se impregnen progresivamente del espíritu evangélico.

52. Por su seriedad profesional, por su apoyo a la verdad, a la justicia y a la libertad, por la apertura de miras y su habitual actitud de servicio, por su entrega personal a los alumnos y su fraterna solidaridad con todos, por su íntegra vida moral en todos los aspectos, el laico católico tiene que ser en esta clase de escuela el espejo viviente en donde todos y cada uno de los miembros de la comunidad educativa puedan ver reflejada la imagen del hombre evangélico.

### ***En otras escuelas***

53. Se consideran aquí, más en particular, aquellas otras escuelas establecidas en países de misión o descristianizados en la práctica, donde se acentúan de manera especial las funciones que el laico católico, por exigencia de su fe, tiene que desempeñar cuando es él la única o casi exclusiva presencia de la Iglesia, no sólo en la escuela, sino en el lugar en que está situada. En esas circunstancias él será con mucha frecuencia la única voz para hacer llegar a sus alumnos, a los miembros de la comunidad educativa y a todos los hombres con quienes se relaciona como educador y como persona, el mensaje evangélico. Lo que se acaba de decir sobre la conciencia de la propia responsabilidad, el enfoque cristiano de la enseñanza y la educación, el respeto a las convicciones ajenas, el diálogo constructivo con otros cristianos y con los no creyentes, la participación activa en los diversos estamentos de la escuela y, muy especialmente, el testimonio de vida, cobra en este caso un relieve excepcional.

54. No se puede olvidar, finalmente, a aquellos laicos católicos que trabajan en escuelas de países donde la Iglesia es perseguida y donde la misma condición de católico constituye un veto para ejercer la función de educador. Laicos que tienen que ocultar su condición de creyentes para poder trabajar en una escuela de orientación atea. Su mera presencia, de por sí difícil, si se ajusta silenciosa pero vitalmente a la imagen del hombre evangélico, es ya un anuncio eficaz del mensaje de Cristo, que contrarrestará la perniciosa intención que persigue la educación atea en la escuela. El testimonio de vida y el trato personal con los alumnos puede, además, conducir, a pesar de todas las dificultades, a una evangelización más explícita. Para muchos jóvenes de esos países, el educador laico que, por causas humanas y religiosamente dolorosas, se ve forzado a vivir su catolicismo en el anonimato, podrá ser tal vez, el único medio de llegar a conocer genuinamente el Evangelio y la Iglesia que son desfigurados y atacados en la escuela.

55. En cualquier tipo de escuelas, sobre todo en algunas regiones, el educador católico se encontrará no raras veces con alumnos que no son católicos. Deberá guardar hacia ellos una actitud no sólo respetuosa, sino acogedora y dialogante, motivada por un universal amor cristiano. Tenga presente, además, que la verdadera educación no se limita a impartir conocimientos, sino que fomenta la dignidad y fraternidad humanas y prepara a abrirse a la Verdad que es Cristo.

### ***El educador católico como profesor de religión***

56. La enseñanza de la religión es propia de la escuela en general, siempre que ésta aspire a la formación del hombre en sus dimensiones fundamentales, de las cuales no puede excluirse la religiosa. En realidad, la enseñanza religiosa escolar es un derecho —con el correlativo deber— del alumno y de los padres de familia, y para la formación del hombre es, además, un instrumento importantísimo, al menos en el caso de la religión católica, para conseguir la adecuada síntesis entre fe y cultura, que tanto se ha encarecido. Por ello la enseñanza de la religión católica, distinta y al mismo tiempo complementaria de la catequesis propiamente dicha, debería ser impartida en cualquier escuela.

57. La enseñanza religiosa escolar es también, como la catequesis, «una forma eminente de apostolado laical», y por ello y por el número de profesores que tal enseñanza exige en las dimensiones alcanzadas por la organización escolar en el mundo actual, corresponderá a los laicos impartirla en la mayoría de las ocasiones, sobre todo en los niveles básicos de enseñanza.



58. Tomen, pues, conciencia los educadores católicos laicos, según lugares y circunstancias, de la ingente tarea que se les brinda en este campo. Sin su generosa colaboración, la enseñanza religiosa escolar no podrá adecuarse a las necesidades existentes, como ya ocurre en algunos países. La Iglesia se encuentra en este aspecto, como en tantos otros, cada vez más necesitada de la acción de los laicos. Esta necesidad puede ser especialmente apremiante en las Iglesias jóvenes.

59. La función del profesor de religión resulta, ciertamente, incomparable por el hecho de que «se transmite no la propia doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo». Por consiguiente en la transmisión de la misma, y tomando en cuenta el auditorio al que se dirigen, los profesores de religión, al igual que los catequistas, «tendrán ... el buen criterio de recoger en el campo de la investigación teológica lo que pueda iluminar su propia reflexión y su enseñanza, acudiendo ... a las verdaderas fuentes, a la luz del Magisterio», del que dependen en el desempeño de su función, y «se abstendrán de turbar el espíritu de los niños y de los jóvenes ... con teorías extrañas». Sigán con fidelidad las normas de los episcopados locales en lo concerniente a la propia formación teológica y pedagógica y a la programación de la materia y tengan especialmente en cuenta la gran importancia que el testimonio de vida y una espiritualidad intensamente vivida juegan en este campo.